

Cultura a la contra

Los nazis (revival)

El otro día, un niño de pelo erizado daba saltos en el Aula Magna de la Facultad de Derecho. Supongo que cantaba, pero no lo sé porque el sonido era infame y sólo se escuchaba una batería infernal. Sus saltos imitaban fotos de Johnny Rotten, y en la desgarrada camisa se había pintado con rotulador una cruz gamada roja. Debía pensar que lo "punk" era él, con una exageración notable. Lo que no era, seguro, es nazi. Porque ya no hay nazis. Los militantes de Fuerza Nueva, los que votaron a Unión Nacional, hubiesen aporreado a ese muchacho igual que su amigo aporreaba la batería: con fuerza —no sé si nueva o vieja— y sin ritmo, y ni siquiera marcando el paso de oca. El folklore ya no se da en sus filas azules y rojas. Los pocos nostálgicos que visten camisetas azules y se tocan con boinas requetés, usan correaes y se atienen al oropel tradicional, deben ser una minoría en el partido que quisiera acabar con todos los partidos; no han asimilado la influencia de Carrero, más meapilas que glorioso condottiero d'annunziano.

Ya no hay moda nazi. Están tan pasados como los "hippies", aunque sean de signo contrario. Su sistema de vida, como un perpetuo servicio militar —también los "hippies" adoptaron ese sistema en sus comunas, aunque ellos, los pobres, no lo sabían—, no seduce en este momento a nadie sensato. Y lo que es peor, se han convertido en objeto de "sex-shop", de película con pretensiones pornográficas, de tienda o puesto de antigüedades. Se han degradado, y poco a poco se van convirtiendo en "kitsch"; dentro de poco, en las cacharrerías —otra cosa decididamente "retro"— y en los bazares venderán tacitas de loza con el retrato de Hitler.

Y, sin embargo, quedan disfrazados, nostálgicos del uniforme y de la cruz gamada. Se les puede ver en el Rastró, ese mundillo donde todo lo nuevo va a ver a todo lo viejo, allá abajo, en las Américas. Van a comprar y vender históricas medallas, a cambiarse discursos de Hitler por otros de Mussolini, e incluso —según información confidencial de un infiltrado amigo mío— a comprar y vender cromos y tebeos. Tienen mucha importancia para ellos los tebeos heroicos tipo Conan. El musculoso bárbaro de los tebeos de la Marvel les encanta, porque suelen ser ellos canijos quinceañeros, fascinados por la fuerza, que toman la grandeza por un problema de estatura. Son niños, y florecen en esta primavera de belleza, tan democrática que ni siquiera se atreve a prohibirlos.

A veces, los angelitos, pegan. Se les sube el héroe a la cabeza y, en grupos de quince o veinte, golpean a un barbudo porque tiene pinta de "progre", o a un borracho que ha gritado "¡Viva la República!" —porque en el vino está la verdad—, o a alguien que les cae gordo porque sí. Es peligroso acercarse, porque estos mozos folklóricos llevan dentro un perro rabioso, el perro de sus represiones, de sus odios, de sus torturadas poluciones nocturnas. No han comprendido nada, no han asumido nada, no saben o no contestan; sólo golpean y cantan himnos pasados de moda. Para ellos, Franco era un liberal y Blas Piñar poco menos que un rojo masón. Y no tienen encanto ni siquiera para los masoquistas, porque no visten de cuero ni exhiben músculos poderosos. Son niños, y sus grupos de acción se llaman, por ejemplo, "Comando Mazinger", lo que hace suponer que su sección femenina se llamará "Sección Heidi".

Yo tengo un amor secreto por estos muchachitos que se han caído del árbol de la Historia sin haber degustado sus rojas guindas. Me gustan, porque me ayudan a ver lo ridículo que es ese movimiento infame y asesino que ellos, ahora, caricaturizan. Me divierten y me dan un poco de pena el verlos vestidos con los harapos de una ideología completamente anticuada y ya rota. Lo malo es que son algo peligrosos. Porque estos chicos, cuando crezcan y se seren, pueden llegar a fundar partidos políticos, o a afiliarse a alguno ya existente. Pueden, incluso, llegar a adoptar la máscara rosada de la socialdemocracia, e incluso llegar a ser presidentes de Gobierno o ministros del Interior. Los niños juegan ahora a los monstruos que serán de mayores. ■ EDUARDO HARO IBARS.

CINE

"Gulliver"

Alfonso Ugría ha elegido el difícil camino de la sugerencia para narrar unas historias que trascienden su condición de anécdotas cerradas para abarcar el de la parábola; riesgo que se multiplica cuando ésta no se presenta como una lección moral esquemática, sino como un juego ambiguo, en el que sus valores morales (o políticos) se contradicen continuamente dejando al espectador desarmado ante lo que contempla y obligándole a construir, desde su propia perspectiva, la moraleja propia de cualquier parábola. Ya ocurría así en su primera película, "El hombre oculto", que desorientaba a los críticos extranjeros cuando se proyectó en el Festival de Venecia, ya que esos críticos querían encontrar una vía fácil para definir políticamente una película realizada bajo la España de Franco. Continuaba esa dificultad en "Tirarse al monte", película "maldita" que no ha visto aún la posibilidad de un estreno comercial. Los dos últimos títulos de Alfonso Ugría, "Soldados" y "Gulliver", en clave de narrativa tradicional que rompe la de sus películas anteriores no han variado en su aspecto fundamental, pero se han adaptado más fácilmente a los gustos de un público

que busca historias fácilmente transcribibles en palabras.

"Gulliver" tiene, en este aspecto, una curiosa trampa, ya que si bien la anécdota narrada puede reducirse a unas líneas, es sólo en la existencia de sus imágenes donde adquiere su sentido: el patético, repelente y sugestivo mundo de los enanos necesita ser visto y oído para comprenderse. Enanos que, por otra parte, no están vistos con ternura ni con desprecio, sino con la frialdad entomológica de quien entiende que, de una u otra manera, todos somos así. La caricatura de esos cuerpecillos tensa la historia de la película, deforma el sentido de nuestras actividades cotidianas, nos ofrece una imagen dura de nuestra realidad. La marginación de esos enanos es, como se dice en la propia película, la de cualquier ser distinto. Distinción que nos hace vulnerables y que, como narra "Gulliver", nos coloca en manos de cualquiera que sepa ilusionarnos, calentarnos o fingir que nos ayuda. De un dictador a otro, los enanos vamos pasando anónimamente de mano en mano sin que nos llegue la posibilidad de una realización.

Al finalizar "Gulliver", uno se queda perplejo, sin haber entendido del todo las intenciones secretas de Ugría. Sin embargo, durante la proyección, se ha recibido de la pantalla un cierto tipo de agresión ante el que es muy difícil definirse, porque nos afecta de forma extraña, contradictoria, entre la risa y la indignación. ■ DIEGO GALAN.

"Gulliver", de Alfonso Ugría.

